

Después de esta dignidad sacerdotal, la más elevada era del MEXICOTEHUATZIN, que el mismo gran sacerdote confería. Su obligación era velar en la observancia de los ritos y ceremonias, y en la conducta de los sacerdotes que estaban á la cabeza de los seminarios, y castigar á los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenía dos ayudantes ó vicarios, cuyos títulos eran HUITZNAHUATEHUATZIN y TEPANTEHUATZIN. Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del MEXICOTEHUATZIN era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El TLAQUIMILOLTEUCTLI era el ecónomo de los santuarios; el OMETOCHTLI, el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el EPOACULTZIN, el maestro de ceremonias; TLAPIXCATZIN, el maestro de capilla, el cual no sólo disponía la música, sino que dirigía el canto y corregía á los cantores. Había otros superiores inmediatos de los colegios de los sacerdotes consagrados á diversos dioses. A los sacerdotes daban, como hoy dan á los del verdadero Dios, el nombre de TEOPIXQUI, es decir custodia ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital, y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, había un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, y á quien tocaba allí dirigir las fiestas y los otros actos religiosos. Todos estos ministros dependían del Mexicotehuatzin.

#### FUNCIONES, TRAJE Y VIDA DE LOS SACERDOTES.

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores y los otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos. Entre estos, unos cantaban de día y otros de noche. Los había para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instrucción de la juventud, el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al día incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, medio día, al anochecer y á media noche. Esta última ceremonia se hacía por el sacerdote á quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros más condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de noche. El perfume de que usaban era de copal ó alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servían de chapopotli ó betún judaico. Los incensarios eran ordinariamente de barro, pero había algunos de oro. Los sacerdotes ó al menos algunos de ellos, se teñían diariamente el cuerpo con tinta hecha del hollín de ocoatl, que era una especie de pino bastante aromático, y sobre aquella costra se ponían ocre y cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era diferente del común del pueblo, con la sola diferencia de una gorra

negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida más austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llegaban á los pies. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón y los untaban con tinta, resultando un grueso volumen, no menos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso á la vista.

Además de la unción ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y más abominable siempre que hacían sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun de culebras pequeñas; quemábanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero, con hollín de ocoatl, con tabaco, con la hierba oliuhqui y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confección á sus dioses, y después se ungían con ella todo el cuerpo. Después arrosaban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrían hacerles ningún mal, ni las fieras de los bosques ni los insectos más maléficos. Llamaban á aquella untura TEOPATLI, es decir, medicamento divino, y la creían eficaz contra toda especie de enfermedades; por lo que solían darla á los enfermos y á los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados en coger los bichos necesarios para su composición, y acostumbrados desde pequeños á aquel oficio, perdían el miedo á los animales venenosos y los manejaban sin escrúpulo. Servíanse también del teopalli para los encantos y otras ceremonias supersticiosas y ridículas, juntamente con cierta agua que bendecían á su modo, particularmente los sacerdotes del dios Ixtlilton. De esta agua daban á los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jamás, antes bien raras veces bebían vino. Los de Tezcatzoncatl, después de terminado el canto con que celebraban á sus dioses, echaban cada día al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas había una agujerada: cada uno tomaba la suya, y aquel á quien tocaba la agujerada era el único que podía beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo, se abstentían de tocar á otra mujer que á la legítima, y afectaban tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente á otra cualquiera bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en Teotihuacán estaba convicto de haber faltado á la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche á palos. En Icheatlan el sumo sacerdote estaba obligado á vivir siempre en el templo, y á abstenerse de toda comunicación con mujeres. Si por su desgracia faltaba á este deber moría irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos á su sucesor, para que les sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los

ejercicios nocturnos de la religión, bañaban la cabeza con agua hirviendo, ó les perforaban los labios ó las orejas, y los que reincidían en esta ó en otra culpa, morían ahogados en el lago, después de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacían al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivían ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores."

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III, páginas 300 y 301. México, 1856.)

#### SACERDOTISAS MEXICANAS.

"El sacerdocio no era perpetuo entre los mexicanos: sin embargo, había algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacían por algún tiempo, ó para cumplir un voto de sus padres, ó por su propia devoción. Tampoco era el sacerdocio propiedad exclusiva del sexo masculino, pues había mujeres que ejercían aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrían el templo, preparaban la oblación de comestibles que se hacía diariamente, y la presentaban en el altar; pero no podían hacer sacrificios, y estaban excluidas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas había algunas consagradas desde la niñez por sus padres; otras, en virtud de algún voto que hacían por enfermedad, ó para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servían en el templo por espacio de uno ó dos años. La consagración de las primeras se hacía del modo siguiente: cuando nacía la niña, la ofrecían sus padres á alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y éste al Tepantehuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Después de dos meses la llevaban al templo, y le ponían en las manos una granadilla y un pequeño incensario con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblación, juntamente con la de algunas cortezas de árbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepantehuatzin, y éste la ponía en un seminario, donde la instruían en la religión, en las buenas costumbres y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban á servir por algún voto particular, lo primero que hacían era cortarles los cabellos. Las unas y las otras vivían con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas antes de media noche, otras á media noche y otras al rayar el día, para atizar y avivar el fuego para incensar los ídolos; y aunque asistían algunos sacerdotes á la misma ceremonia, había una separación entre ellos, formando los hombres una ala y las mujeres otra; aquellos y estas á vista de sus superiores, para que no hubiese el menor desorden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comes-

tibles y barrían el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar y tejer hermosas telas para vestir á los fídelos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superiores. Cualquier delito de este género era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temía que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á los diez y siete años, que era en la que, por lo común, se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presentaban al Tepantehuatzin en platos curiosamente labrados un cierto número de codornices y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le daban las gracias por el esmero que había puesto en la educación de su hija, y le pedían licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondía con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedía, y exhortando á la joven á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III, páginas 301 y 302. México, 1856.)

#### ORDENES RELIGIOSAS DE LOS MEXICANOS.

"Entre las diferentes órdenes ó congregaciones religiosas de hombres y de mujeres, merece particular mención la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno ú otro sexo, dedicados á este imaginario númen, se observaba una vida extraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto: bañábanse todos á media noche y velaban hasta dos horas antes del día, cantando himnos á su dios y ejercitándose en varias penitencias. Tenían libertad de ir á los montes á cualquier hora del día y de la noche á derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban en virtud de su gran reputación de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban también el nombre de Quetzalcoatl, y tenían tanta autoridad, que á nadie visitaban si no era al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual enviaba en su lugar á uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño, y él, tomándolo en brazos, lo ofrecía pronunciando una oración á Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar que debía llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplía dos años le hacía el superior una incisión en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagración. Cumplidos los siete años entraba en el monasterio, después de haber oído de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl, y lo exhortaban á cumplirlo, á observar las buenas costumbres á obedecer á sus

superiores, y á rogar á dios por los autores de su vida y por toda la nación. Esta orden se llamaba TLAMACAXAYOTL, y sus individuos TLAMACAZQUI.

Otra orden había consagrada á Tezcatlipoca, llamaban TELPOCHTILIZTLI, ó colección de jóvenes, por componerse de jóvenes y niños. Consagrábanse también desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivían en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenían en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigía, y una casa en que, al ponerse el sol, se reunían á cantar y á bailar los elogios de su dios. Concurrían á esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desorden pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigurosamente á quien faltaba á las reglas establecidas.

En los totonacas había una orden de monjes, dedicados

al culto de su diosa Centeotl. Vivían en gran retiro y austeridad, y su conducta, dejando á parte la superstición y la vanidad, era realmente irreprochable. En este monasterio no entraban sino hombres de más de sesenta años, viudos, de buenas costumbres, y sobre todo, castos y honestos. Había un número fijo de monjes, y cuando moría uno, le sustituía otro. Eran tan estimados, que no sólo lo consultaban las gentes humildes, sino los personajes más encumbrados, y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas, sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oráculos, hasta por los mismos reyes de México. Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote, para que las enseñase al pueblo.”

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geo-

grafía . Tomo III, página 83. México, 1856.)



## CAPITULO XVII.

COMERCIO, TRIBUTOS É IMPUESTOS DE LOS MEXICANOS — MONEDA.

### COMERCIO DE LOS MEXICANOS.



A pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac desde su establecimiento en las islas del lago de Tezcucó. Con el pescado y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maíz, el algodón, la piedra, la cal, y la madera que necesitaban para subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado éste al principio á los alrededores de la ciudad, se extendió después á las provincias más remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano y del vasto país de Anáhuac había mercado diario: pero de cinco en cinco días tenían uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes días para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenía en los días de la “casa,” del “conejo,” de la “caña” y del “pedernal,” que en el primer año del siglo eran el tercero, el octavo, el décimotercero y el décimooctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados ó ferias, tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la Capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero después de la conquista

de Tlaltelolco, se transportó á este barrio. La plaza de Tlaltelolco era, según dice Cortés, dos veces mayor que la de la Salamanca, una de las más hermosas de España, cuadrada y rodeada de pórticos para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas y así de lo demás, no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas las más voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, según Cortés, de cincuenta mil. Los renglones que allí se vendían y permutaban eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, después de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeración, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relación, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano y de los países vecinos, que podían servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales vivos y muertos, todas las clases de comestibles de que usaban, todos los metales y piedras preciosas que se conocían, todos los simples medicinales, hierbas, gomas, resinas y tierras minerales, todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confeciones, aceites, emplastos y unguentos, todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma de monte,